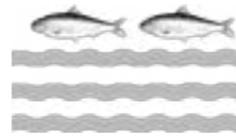


martin patricio barrios | blanco. yamal, el fin del mundo



blanco. **yamal**, el fin del mundo

martin patricio barrios | blanco. yamal, el fin del mundo



INTERNATIONAL PHOTOGRAPHY AWARDS 2015



Book



People



Deeper Perspective

ONE EYELAND PHOTOGRAPHY AWARDS 2015



ONE
EYELAND
PHOTOGRAPHY
AWARDS
FINALIST | MARTIN BARRIOS
2015 | EDITORIAL - PHOTO ESSAY /
FEATURE STORY
Yamal: The Edge Of The World

Editorial - Photo essay /
Feature Story



ONE
EYELAND
PHOTOGRAPHY
AWARDS
FINALIST | MARTIN BARRIOS
2015 | PEOPLE - CULTURE
Yamal: The Edge Of The World

People - Culture



facultad de
bellas artes



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Barrios, Martin

Blanco. Yamal, el fin del mundo / Martin Barrios; fotografías de Martin Barrios. -
1a ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Bellas Artes, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-1301-2

1. Relatos. I. Barrios, Martin, fot. II. Título.
CDD 770.9

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribucion-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Edición y corrección: Lic. Florencia Mendoza,

No se permite la reproducción total o parcial, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.-

ISBN 978-950-34-1301-2

marzo de 2016



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Presidente

Lic. Raúl Aníbal Perdomo

Vicepresidente Área Institucional

Dr. Fernando Alfredo Tauber

Vicepresidenta Área Académica

Prof. Ana María Barletta

Secretario de Arte y Cultura

Dr. Daniel Horacio Belinche

facultad de
bellas artes



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Decana

Prof. Mariel Ciafardo

Vicedecana

Lic. Cristina Terzaghi

Secretaria de Decanato

Prof. Paula Sigismondo

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Santiago Romé

**Secretario de Planificación,
Infraestructura y Finanzas**

DCV Juan Pablo Fernández

Secretaria de Ciencia y Técnica

Lic. Silvia García

**Secretaria de
Publicaciones y Posgrado**

Prof. María Elena Larrègle

Secretaria de Extensión

Prof. María Victoria Mc Coubrey

**Secretario de Relaciones
Institucionales**

DI Eduardo Pascal

Secretario de Cultura

Lic. Carlos Coppa

**Secretario de Producción
y Comunicación**

Prof. Martín Barrios

Secretario de Asuntos Estudiantiles

Prof. Esteban Conde Ferreira

Secretario de Programas Externos

DCV Fermín Gonzalez Laría

A mis compañeros muertos.
A mis compañeros detenidos-desaparecidos.
A mis compañeros que perdieron la razón.

A Jorge Gustavo Durich y Rosana Bernal, sin pretender achicar mi deuda.

A la Banda de Fierro.

Gracias a
Florencia Mendoza, Beatriz Carrozzi, Aito Tellerin, Ariel Uzal, Kinki
Brezniw, Emiliano Causa, **Альберт, Роман и Артема Сэротетто, Дима Эскин** (
Albert, Roman y Artyom Serotetto, Dima Eskin) y a esas mujeres que me
dieron de comer.

Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España..
José Martí, *Nuestra América* (1891)

500 kilómetros al norte de Yar-Sale, península de Yamal, Territorio Autónomo de Yamalia-Nenestia, Federación Rusa
febrero de 2015

Me miró con los ojos un poco extraviados. «No me puede poner en foco por el vodka», pensé, y soltó de entre los dientes pastosos en un inglés trabado en labios, paladar y lengua entrenados para sonidos eslavos: «¿Qué significan estas personitas simpáticas, con vestidos raros y con animalitos divertidos frente a los billones de euros de los negocios del gas?».

Seguimos fumando en silencio, ahogados en el hedor de nuestros cuerpos mugrientos, de ollas tiznadas, de perros que disputan eternamente un espacio frente al fuego, en la penumbra de ensueño, en el silencio exuberante de la mujer eternamente sentada de espaldas a la cocina.

«Nada», me dije y me tiré sobre los cueros con los ojos vidriosos a 16 642 km en línea recta de donde vos estarías contando los días.

Recién la tercera noche me dieron unos cueros de reno y pude dormir toda la noche con el cuerpo caliente. No sé si no se dieron cuenta o si me están probando.

También me di cuenta de que dormí al lado de las cabezas de los renos que matamos ayer. Los perros no las tocaron.



Negro:

Uno no puede decir en voz alta algunas cosas porque, casi seguro, se fijarían más bien en daños en la psique o en deterioros cognitivos o en el abuso de sustancias. Todo es un poco cierto: he perdido algunas razones, me es más difícil entender algunas cosas que parecen sencillas y habré usado algunas cositas que ayudaron a mi alma, pero no es el foco, así que no lo digamos para que otros lo oigan. Te escribo en minúscula, con letra chica, porque entre vos y yo, hermano, no vamos a hablar de los tamaños de nuestras próstatas.

Estaba medio sin decir nada, ella estaba preocupada por mis silencios, así que le dije: «Es que no sé muy bien quiénes somos éstos que volvieron conmigo ni a cuántos martines, a cuántos mi mismo, dejamos en el camino. Ahora soy uno más, no otro, no distinto, sino otro más».

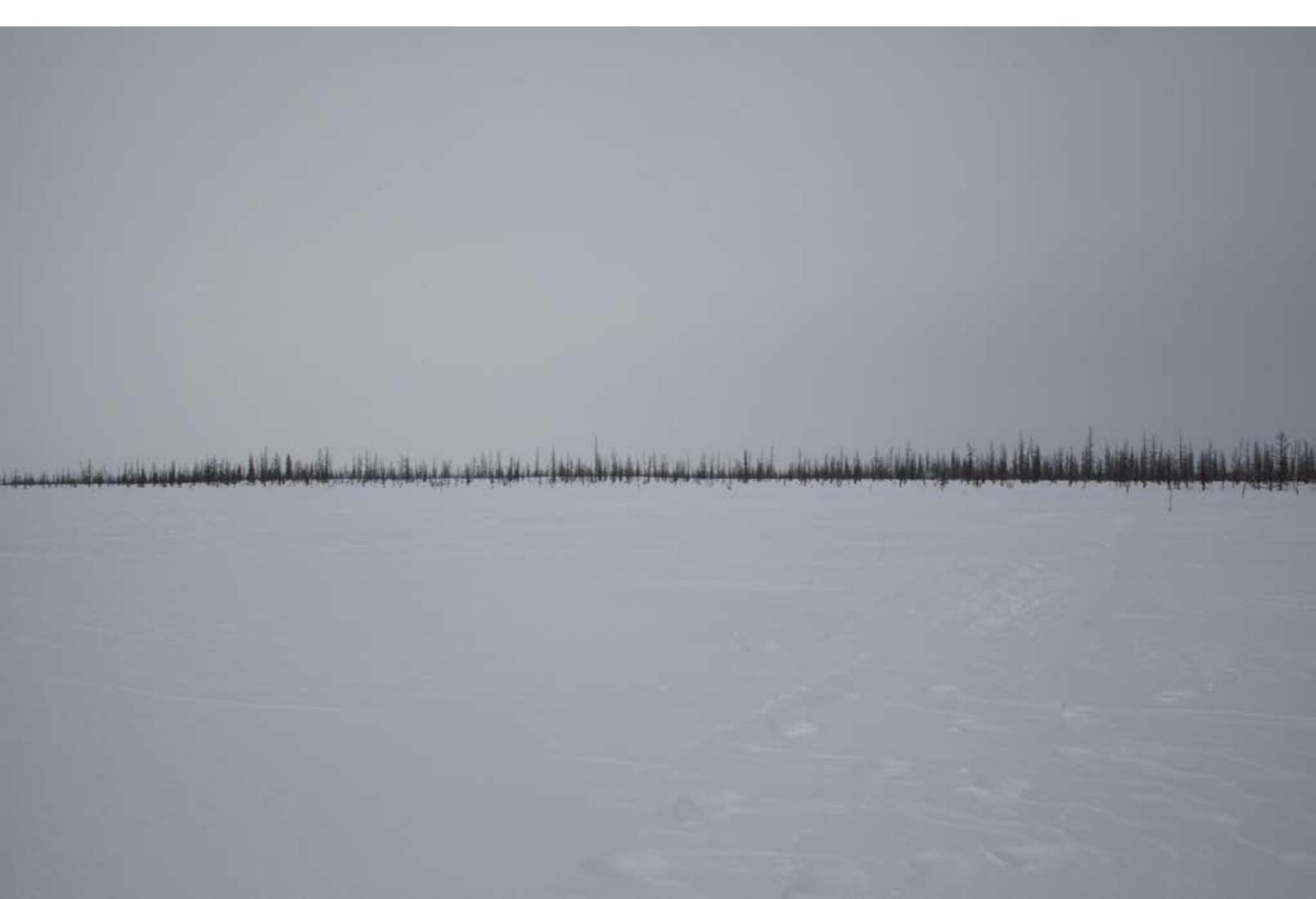
¿Cuántos ritos iniciáticos cumplí en mi vida? ¿Cómo es que soy, si soy todos esos que fui siendo? ¿Juré sobre cuántas escrituras sagradas?, ¿sobre cuántos fuegos y alcoholes y humos?

No hablaba solamente de tomar sangre, sino de estar solo en un mundo en el que solo sos nada.

Y, solo está bien. Ser nada está bien. Está bien. Me arrepentí de algunas cosas, así que cuando pude, traté de explicar.

Tal vez la embarré más.

Me llevo bien conmigo mismo. Me llevo bien con todos estos que andan conmigo. Pero, Negro, que no se confundan, vos deciles: «No estoy en paz».



Habré ido hasta los bordes de los estaños de bares oscuros, tanteando con los pies para no chocar las sillas, los borrachos, los pedazos de amores sin esqueleto que rodaron por el piso entre botellas rotas y cáscaras de maní. Y yo toqué con la punta de mis zapatillas rojas, lento por las circunstancias, estiré las puntas de las zapatillas rojas y desatadas, lentas por las circunstancias, buscando el fondo o los escombros o las baldosas levantadas para no tropezar, para no caerme en el borde del estaño en tiempos en que había estaños y vinos espesos salidos de las grietas del AA machucado en la puerta del Don Felipe; toqué el borde de los abismos, con la misma incertidumbre de los niños jugando al gallito ciego, y una vez afuera meé contra las paredes sosteniéndome con las palmas enrojecidas, sabiendo que había vuelto, que estaba afuera, sobre piso estable, y el aire frío me traía de los pelos, a las cachetadas al piso frío y estable por el que corrían hilos de orín hasta la calle.

Ah, o los bordes de la delicadeza, del orgullo, del principio: yo nunca pagué, gil; nunca pagué aunque miré desde adentro el cartel que anunciaba la vida, un cartel de chapa con la más escandalosa metáfora, pura, espléndida metáfora que me dio valor para bajar los ojos, para caminar sin respirar con la nuca endurecida y con las orejas monstruosas. «Hadas perfumadas acariciarán su ensueño». Y vos sabés, hermano, del perfume de las hadas que venían a acariciar tu ensueño, vos sabés que las hadas habían llegado al fondo cocidas de estrías pálidas como surcos de barcos cargueros en el mar.

Habré ido ahí también, hermanito. Ahí también.

Y ellos se quedaron mirando de lejos, con sus culos flácidos, refugiados en la neutralidad de la helvética bold, disgustados por la amenaza de unos hombricitos con las cabezas enfundadas, hasta que las mamás llamaron ¡a tomar la leche!, ¡a tomar la leche! y volvieron corriendo con los culos fofos apretados contra el viento.

Una noche me subí a un avión de Turkish Airlines con un billete de canje y empecé a ir hasta ese lugar que se llama el fin del mundo. Y, en algún sentido, no volví más.



Unos días después de que
creí no caerle simpático,
giró un poco, me miró
seca sobre el hombro y
entonces hizo, más con el
ojo que con la boca, algo
así como una sonrisa.



Difícil darse cuenta de cosas que en otra circunstancia serían más o menos básicas, como adelante-atrás, arriba-abajo; es que todo es lo mismo, todo es igual, todo es blanco, todo es igual de blanco y un poco fuera de foco y empañé las antiparras así que se congeló mi aliento y no puedo ver. Me mareo porque no puedo hacer equilibrio, no entiendo cómo hacer equilibrio si no hay arriba y abajo, de este lado y del otro y no veo nada y se me está quemando el pómulo izquierdo. No me sale caminar ni subir al trineo ni nada: tendría que aprender todo de nuevo: a respirar, a orinar, a caminar, a interpretar lo que veo. No sé si tengo tiempo.

Dima y Roman me miran con un poco de piedad. Yo perdí la dignidad, ojalá que me ayuden. Estoy confundido, mareado, fumo con los dedos congelados y trago otro poco de vodka, esta vez porque estamos sobre el río.



Un día Artyom le dijo
a Dima que me dijera:
«Usan camiones con
orugas. Mucho peso,
eso no es bueno.
No es bueno».



A veces se escucha algún motor haciendo fuerza, lejos, menos que un zumbido de abejorro; ellos se miran apenas, apenas levantan la vista hasta la vista apenas levantada de algún otro y siguen golpeando las hachas sobre las maderas heladas. Yo los recorro de a uno, les miro los ojos que no me miran, les miro las manos que apretan las hachas que tallan los troncos, los van afinando, moldeando; los miro de a uno, doy la vuelta, empiezo de nuevo tratando de encontrar algo. Algo que me ayude a entender qué pasó, qué cosa perturbó el paciente golpeteo de las hachas sobre las maderas heladas. Algo que me ayude a descifrar qué cosa se dicen estos tipos en ese mínimo destello de mirada, qué cosas pasan en el silencio tremendo de la tundra, porque hay algo que es claro: algo no está bien. Algo está mal pero ninguno destapó su fusil, ninguno tanteó el cuchillo. Entonces, me acerco a Dima, mi ángel de la guarda, mi padre, mi interface con absolutamente todo; le doy un cigarrillo y me quedo mirándolo fijo, sabiendo que no va a querer perder el tiempo explicándome nada y yo le aguanto la mirada con el fósforo quemándome los dedos. Dima resopla y dice medio bajito: «Gas scientists». Y, como siempre, a mitad del cigarrillo dice: «Excuse me, I already come».



Rezo para que no
haya pescado.
No me gusta el
pescado.
Crudo es peor.



Tienen miedo de que acá también se abra el piso. Todos dicen cosas con las bocas llenas de carne cruda o de vodka en la humareda del chum, es un desorden prolijo, la tundra es un caos prolijo. Todos tienen miedo de que se abra un hoyo acá también y parece que hablan de eso con las bocas llenas de carne cruda y de vodka tibio.
«Pero, si acá no hay pozos», le digo a Dima. «O ¿sí hay pozos?». «No», dice Dima, «Acá no hay».
«Ahá», pienso yo.



No entiendo por qué
Roman desarma y arma
el motor de la moto de
nieve todo el tiempo.
El que yo creo que es
el suegro de Artyom lo
mira; siempre se acerca
y lo mira.



Un día pregunté: «¿Y cómo sería la intimidad para esta gente?». Dima no se molestó en mirarme y dijo muy poéticamente: «Todos los niños de la tundra fueron engendrados en presencia de sus abuelos». Hubiera preguntado qué cosa sería el deseo sexual, pero seguí fumando en silencio.



¿En qué estaba
pensando Dios
el día que creaba
esto?, ¿o es
que se habrá
distruido?



Blanco y silencio. Listo, eso es todo. Eso es todo, quiero decir, todo es todo. Si es posible mirar la tundra con un dispositivo o con una lógica que deforme el espacio como para saltar de magnitud en la mirada del detalle o de lo grosero; blanco y silencio es todo, todo está inscripto en blanco y en silencio. Todo es todo. Así como nada es nada.



Ahora entiendo por qué él, el físico que se llamó Daniel Gabriel Fahrenheit, insistió en que cero grados estaba a -16° C. También entendí que la diferencia entre -20° y -50° no es la sensación, sino el tiempo que durás hasta morir.



Si alguna vez te cruzás
con un hombrecito que se
parece a un mogol albino
o a un gnomo de cuento
infantil y el hombrecito
tiene un diente de oso
colgando del cuello, buscá
la vuelta para que te quiera.



Pero la puta madre, si Dios, el dios que haya sido, los puso abajo del agua y el dios que haya sido, enfrío esto como para que haya tres metros de hielo antes de llegar al agua, por qué carajo estos se empeñan en romper el puto hielo para pescar esos pescados grasosos. Qué, es un desafío a qué cosa. Qué. Qué. ¡Es horrible el pescado crudo! Y el mundo está lleno de giles que pagan fortunas por esa cosa espantosa. El mundo está lleno de giles. Punto.



Todos estamos en silencio, yo tengo las manos hinchadas como sapos y me parece que tuviera cardúmenes de erizos por el lado de adentro y por el lado de afuera de la piel que está al aire. Había salido un poco de sol, y eso parecía que daba más frío; el sol bajito bajito bajito, casi en el horizonte y el animal abre los ojos un poco, sabiendo, casi seguro que sabiendo que acá se acaba todo. Roman tira de un lado, Artyom del otro. Más bien dejan caer su peso sobre el lazo. Se miran fijo. El animal, sabiendo, con los ojos un poco más abiertos, dobla las patas. No pelea, no hace nada más que tener los ojos abiertos y dejarse llevar la vida en silencio, en el silencio de todos: de los hombres, de los perros que se quedaron quietos y ahora tienen hielo en las trompas, de los renos que se acercaron, de los renos que no se acercaron, del viento, del sol, de los dioses, de los motores, de mi sangre que hasta hace un rato me empujaba los oídos. Todos estamos en silencio, en círculo y el corazón brutal del animal deja de bombear, simplemente deja de bombear para que todos tomemos, en silencio, la sangre espumosa y tibia que juntamos del cuenco de su cuerpo vacío con una tacita de lata y lo único que no es blanco en la tundra son nuestras caras chorreadas de sangre tibia, espumosa.

Artyom repartió el hígado. El hígado me entibió los dedos, me entibió el alma, me entibió la memoria; me chupé los dedos ensangrentados. Prendí un cigarrillo apoyado en el trineo. Los perros ni se movieron, los renos tampoco. Yo agradecí, en silencio, al reno, a los nenets, a los perros. Tal vez, incluso, agradecí a los dioses. No me atrevería a decirlo. Pusimos las partes de los renos faenados en el trineo y nos fuimos. En silencio.



Dos veces en mi vida
estuve en una situación
a la que pocos, muy po-
cos, pueden acceder y
bajé la cámara.
Creo que eso demuestra
que no soy fotógrafo.



Me acordé de aquello que decía aquel cubano que era curador del New Museum of Contemporary Art NYC, una noche sofocada en el lago Ypacaraí, en una discusión sobre como el eurocentrismo lo aplanaba todo, y él dijo: «En todo proceso de expansión y contracción quedan poros, rugosidades, pliegos. Nosotros vivimos en esos poros, en esos pliegues, en esas arrugas...».



No lo entiendo,
¿usted quiere que
sea más claro?
Ah..., sí: ¡vayase al
carajo!



Estaban preocupados por la situación de los indios en la Argentina. Cada tanto aparecía la misma pregunta: ¿Viven en reservas o son Nación? Me lo repreguntaban como si algo en mis respuestas fuera débil, como si yo fuera estúpido y no entendiera el sentido de las preguntas, como si al final de tanto insistir, yo fuera a confesar algo que les ayude a entender su propia complejidad de saberse colonizados, algún espejo que les reconforte el alma, el sueño, algo. Como si mi respuesta: «ni esto ni aquello, simplemente son pobres», no pudiera relacionarse de ninguna manera con los forcejeos en los mercados de Yar Sale, con el precio de los impuestos, con las películas de policías corruptos que miraban en silencio horas y horas y que nunca terminaban de ver porque se acababa el combustible del generador, porque el vodka los doblaba sobre las rodillas o porque simplemente se perdían en sueños indescifrables de osos blancos y pájaros deliciosos ensartados en sus flechas o derribados por sus fusiles de francotirador que arrancaban más carne al animal que la que se pudiera recolectar del revoltijo de plumas y de nieve, películas de policías corruptos que miraban fumando en silencio como el melancólico mira al fuego. Como mi respuesta no varió, ellos no preguntaron más. No preguntaron más nada. Ya no había nada de interés en ese blanco no ruso, medio helado, que no fueran los Lucky Strike que salían milagrosamente de mis bolsillos. Pero eso no se pregunta. Para eso solo se estira la mano.



Quiero decir, tal vez, casi seguro fui feliz sentado sobre los cueros cubiertos de hielo, con el aire que me quemaba la cara y las tiritas de hielo colgándome de los pelos mugrientos, fumando con las manos violeta, escupiendo pelo de reno todo el tiempo. Casi seguro que el calorcito del chum y la suavidad de las pieles de reno, que el gesto áspero de esa mujer casi tirando la carne cruda delante de mi era la sensación más clara que haya tenido de estar en casa.



Niños

El más chiquito está atado de la cintura a un larguero del chum, tiene una cicatriz horrible en una mano, «¿fuego?», pregunté yo, «lo mordió un perro, no estos, un perro», me dijo Dmitry, «ah», contesté yo, tratando de querer entender qué quería decir "no estos, un perro", creo que entendí, no sé; corre descalzo y a los gritos hasta que las cuerdas lo frenan en seco y se cae sentado, se queda un poco desconcertado, se vuelve a reír y corre para otro lado y así todo el tiempo. La más grande recién está de vuelta, se la prestaron a algún pariente que no tiene hijos, no se que grado de parentesco, pero seguro se la prestaron dos años porque ellos no tienen hijos y es bueno tener chicos en el chum. Mira todo con una especie de asombro desconfiado, por ahí parece entender algo y se ríe, se ríe ancho y los ojos le quedan como dos líneas finitas en la cara roja, tiene los dientes picados. La del medio es igual a la más grande, las mismas trenzas atadas al medio, el mismo vestido, la misma altura, la misma mirada brillante, la misma sonrisa que parece de una boca unos talles más grandes que su cara. La diferencia es que tiene una carterita de plástico. Se la cuelga del hombro y camina como una dama de la *belle époque* de una punta a la otra del chum. Ella nunca fue a una ciudad. No me vengan con eso de que soy machista. Afuera del chum no tengo ni idea de quién es quién.



Niños II

A veces se acercan los chicos del otro chum. Los chicos del otro chum son tres o cuatro, se me confunden, todos son iguales, creo que son todos varones, pero los del otro chum siempre tienen mocos que se les congelan. Nunca entré al otro chum, cuando hay alguno tallando madera los saludo con la mano, nada más. Es gracioso ver correr a los chicos, parecen pingüinos porque no pueden mover mucho los brazos y no se les ven los pies debajo de los abrigos. Dima juega con ellos, los empuja, los levanta, los arrastra en un trineo chiquito. Yo no hago nada. Hay uno de los vecinos que me sigue todo el tiempo, se me para adelante y me dice algo, no sé qué, no sé si en ruso o en nenet, lo repite, lo repite, lo repite y no importa dónde me mueva, él está ahí, adelante repitiendo eso que dice hasta el infinito y yo no sé si me pone de mal humor o si me da miedo. O las dos cosas. En estos casos, Dima no es de gran ayuda.



Me pasaron a buscar como a las once de la noche por el hotel, una casona del sXVIII más o menos reparada, el cuarto tenía el ancho de la cama y la cama era corta, apenas podía moverme y en la ventana había una flor de plástico. Mi cuarto era caro porque tenía TV y de verdad había un aparato de TV con un cable conectado a la corriente y un cable coaxial que terminaba abajo de la cama. No discutí sobre eso, no por falta de voluntad, por falta de lenguaje. No me acuerdo cómo se llamaba el otro, estaban completamente borrachos y me costó bastante convencerlos de que no me acompañaran hasta el aeropuerto. El otro hablaba todo el tiempo, fuimos en taxi hasta Kiyevsky Vokzal, Moscú es tan linda de noche. Cuando bajamos los dos gritaban cosas, no se qué, gritaban en ruso. Fumamos un poco, afuera, después dije: «Me tengo que ir, voy a perder el tren». Los dos gritaban que tenía que volver en verano porque en verano Moscú es otra cosa. Dmitry me abrazó fuerte, con los ojos vidriosos, creo que estaba por llorar y entonces me dijo: «Yo sé lo que quiere decir haber nacido en un imperio y haber nacido en una colonia. Algún día todo va a cambiar».

«Stalin murió hace como 70 años, Dima», le dije. «Volvé en verano, Moscú es otra cosa», me contestó. **«спасибо, спасибо тебе за все».**



Al final volvimos al mismo punto. Tanto ir para allá, tanto ir para allá y al final siempre volvemos al mismo punto. Como siempre. Siempre volvemos al mismo punto. Difuso, borroneado pero el mismo punto. Confuso pero el mismo. Ahora, con los pies enfundados en piel de zorro, miro al sol, que es esa mancha blancuzca que a veces se ve de este lado del río Ob. Lo miro como si mirase un milagro. Una mancha apenas blanca arriba del horizonte que ni siquiera entibia pero en algún lugar de mi cuerpo junta algo que calienta el alma o lo que me queda de razón o algo, y me acurruco dentro de las pieles cubiertas de hielo, casi feliz, casi en paz. Miro a ese grupo de personas cubiertas de hielo, que ahora son mi universo y que en cualquier momento me van a pedir cigarrillos o a ofrecer un vodka poco menos que intragable o nada y van a seguir ahí, abajo del hielo, en el mismo punto en que empezamos a ser algo. Difusos, confundidos, erguidos. Erguidos, a pesar de todo.



Algo aprendimos desde la escuela. Más allá de las extrañas pretensiones de la señorita Perla, que acumulaba mierda debajo del casquete violáceo de su pelo batido y sostenido a fuerza de litros de goma arábiga vaporizada, atrás del carmesí rabioso de un lápiz labial que resistía, más o menos consolidado, los primeros 45 minutos y después acusaba cosas como escaras que chorreaban según la temperatura y humedad ambiente y la cantidad de saliva que hubiera escupido en su sermón, pero que a pesar de la mierda que le brillaba en los gigantescos aros de bijouterie barata o en la mirada de enano que guarda en su poder la pócima mágica con que va a convertirte en sapo, tenía claro cuál era su lugar en ese lugar húmedo y descascarado: educar, sea lo que sea que hubiera que educar; más allá de sus pretensiones, ella misma y su mierda misma eran parte del aprendizaje, no del entendimiento de la aritmética, del caudal del río Nilo, del indicador de modo o del ciclo del oxígeno; entender la extraña trama en que se fundan las relaciones de poder, la miserable estructura de la maldad, los misteriosos caminos por los que se va resolviendo el más elemental de todos los odios. Ya en la escuela le pegamos al gordito, le robamos al tonto bajo la mirada afirmativa y orgullosa de la señorita Perla que, como depositaria sarmientina del saber, nos lo hizo saber, a su manera, con su poética: somos inmensamente crueles, es nuestra naturaleza de hombres.

O así pensé yo, porque la señorita Perla me lo hizo saber, porque el señor Videla me lo hizo saber, porque la señora Thatcher, el señor Bush, la UN, el ACNUR y hasta los dedicados médicos brahmanes de la madre Teresa me lo hicieron saber; porque lo vi en Ruanda, en Camboya, en el conurbano, en todos lados lo vi así y así lo creí.

Pero un día desembarqué a medias congelado de un trineo en un punto del universo que es blanco hasta donde mires y miré al rededor, hasta el horizonte, di la vuelta completa: están rodeados. En ese lugar que hasta ahora nadie quería, que a nadie importaba, estaban a salvo, como estaba yo al principio del día anterior que la señorita Perla me hablara de algo que se llamaba sujeto y de algo que se llamaba predicado una vez que lograron ponernos en una fila y adjudicarnos un banco. Pero ahora hay quienes lo quieren aunque no les importe. Ahí vienen los secuaces de la señorita Perla.



Yo miraba las luces del cielo. Con cuidado. Unos días antes yo miraba a la Luna y Artyom me hizo preguntar qué miraba, «la Luna», le hice decir yo. «¿Qué, en tu país no hay Luna?», me hizo decir. Pero con las luces del cielo se ve que es distinto, fue él el que entró corriendo y gritando alguna cosa que, parece ser, quería decir: «hoy hay luces en el cielo». Y yo salí corriendo a mirar las luces del cielo. Con cuidado, despacio. Miraba despacio las luces del cielo que se reflejaban en el mundo. El mundo que en esta parte del universo es blanco y plano y frío. El cielo y el mundo como aquel mar lleno de noctilucas, pero no es mar sino cielo y mundo brillando por las luces del cielo. O sea, bajó la temperatura y no hay humedad. En otros lados se llama aurora boreal.



Una tarde cambié de nombre. No yo, ellos me lo cambiaron. El día del ejército, más bien, el día que ellos festejaron el día del ejército; no sabemos si el día antes o el día después del día del ejército, me cambiaron el nombre o me dieron un nombre que no sabría cómo usar o cuándo usar o si debiera usar, sobre todo porque sé la traducción pero no el nombre. Como todo, los sonidos de mi nuevo nombre también los perdí. Ahora me acuerdo de la traducción, me acuerdo de los ojos furibundos de aquel francotirador que sirvió en Chechenia que clavó la botella de vodka en la nieve y me dijo: «No es fácil, no es fácil, yo pedía perdón por la vida que me iba a tomar y después disparaba, no es fácil», me dijo sin pestañear, con esos ojos y ese dolor tremendo, «no es fácil», me dijo, me dijo otras cosas sin pestañear, el día que festejaron el día del ejército, tomando vodka, hablando bajito con ese dolor tremendo y esos ojos que nunca pestañeaban y yo lo escuchaba, bajito, tomando vodka, pestañeando, sin entender una sola palabra. Antes de subir al trineo se golpeó el pecho con el puño y me gritó algo, lo dijo varias veces, tal vez porque estaba borracho, tal vez para que lo entienda. Dmitry, que estaba serio, me tradujo en voz baja, como para no interrumpir mi silencio.



Pudiera haberme
quedado la vida en-
tera mirando cómo
se iba poniendo
blanca mi casaca de
piel de reno. Pero
hacía un frío...



Ella puso el pedazo de costillar de reno sobre el fuego. Lo acomodaba con golpecitos cortos. Después lo dio vuelta. Desarmó las costillas y las repartió. Yo las comí con desesperación. Con la desesperación de quien nunca hubiera comido en la vida; comí nublado por un delirio de aromas desconocidos y de sabores exóticos. Me chupé los dedos, eructé, no fumé porque no tenía más cigarrillos, tomé otro trago de vodka y, al final del festín, me acosté de lado sobre la nieve. El fueguito era un montoncito de carbones en medio de un barrial desprolijo. Un poco más allá, las mujeres se cubrieron las cabezas con sus pieles de zorro. Yo les miraba las miradas tranquilas entre los pelos de zorro adornados con medallones de bronce. Dima se tiró sobre las lanzas del trineo, al rato roncaba, pero sé que estaba asustado. Me cubrí la cara para que no me nevara encima. Cerré los ojos. Cerré los ojos y pensé despacio, pense algo así como: si esto es todo, no está mal, no está mal. Nevaba despacio y se podían ver como en una nebulosa las siluetas de los árboles.

Me dormí pensando en las probabilidades de que alguien pudiera encontrarnos en la tundra.

Al día siguiente llegó una moto de nieve.

El hombrecito se bajó sonriente, se me acercó sacudiendo el brazo para liberarlo abajo del sacón de pieles, lo sacudía de esa forma graciosa que tienen los nenets de sacar el brazo y me alcanzó un paquete de cigarrillos.

Esto no es todo, hay más, hay mucho más para mí.
Fumé con una tranquilidad asombrosa. Hay tanto más.



Me reí de verdad, me reí con ganas. «Dima, ¿cómo voy a caminar 15 kilómetros? con un esfuerzo de titán podría caminar 300 metros y morir de agotamiento». Dima me decía que el otro día había caminado 5 km y cosas así y yo que no, que me iba a morir de agotamiento y, en realidad, era cierto pero lo más cierto era que no encontraba ninguna razón para intentar semejante cosa: si voy a morir, mejor que sea descansado.



Mirar despacito para abajo, copos que se arremolinan antes de caer y se apilan, suave, fragilmente; se apilan metros, se apilan suaves, frágiles se apilan tapando el líquen, tapando la piedra, fosforeciendo con las luces del cielo. Se apilan, metros se apilan cayendo como en cámara lenta, en silencio, haciendo espirales cortos; se apilan débiles, frágiles, haciendo trampas sobre el agua.



Tus dientes enormes o las
comesuras de tus labios que
sacuden tormentas de arena
o tus ojos endemoniados que
sueltan astillas tremendas y me
rompen las partes, y eso, que
será mi conciencia, no sé qué
quiere en casos de estos, pero
estoy sentado en unas tablas
heladas y no hay lugar para vos
en estos asuntos.



No he pedido perdón.
A nadie.
Por nada he pedido
perdón.
No importa. Es que hace
tanto frío.
Sabrán entenderme.
Si no, tampoco importa.



Y mi alma que parecía cansada o afligida se frota las manos al fueguito reparador y me mira rascarle la oreja al perrito mugriento y gruñón que se me sienta al lado y que no le gusta nada que le rasque la oreja y no se lame y mira el fuego. Al final nada era tan complicado, ni siquiera los polinomios ni aquello del redox que me paseó algunas veces frente a la Doctora Roca, que sabía perfectamente que yo sabía que ella sabía que no me importaba. Nada.



No sé qué decir.
En general no sé qué decir.



Me dieron un hacha. «Se te va a pasar el frío», me dijeron.

Tampoco logro mucho con el hacha.

Me acerqué al pino derribado, me paré al lado. Lo miré un rato largo, como si en algún nudo estuviera la respuesta. De los golpes en la base sale un poco de resina, el olor me abre los bronquios. Es rico el olor de la resina. Mascarla no tanto.

Mi tarea era sacar las ramas, dejar solo el tronco, dejando un penacho en la punta, tal vez para amortiguar en el viaje.

Primero intenté con el filo, pero las ramitas se doblaban como si fueran de caucho. A veces el hacha rebotaba. Como al cuarto pino entendí: hay que pegar con el revés sobre el nudo y la rama se cae entera.

Sudé como mula, creí que me iba a morir por el sudor congelado.



Los copos de nieve se fueron rompiendo en el pelo de mis botas de zorro del ártico, me quedé sentado, mirando como el pelo se iba poniendo brillante por el agua, un brillo extraño, más o menos artificial. Antes de terminar el cigarrillo las botas de zorro del ártico estaban otra vez blancas de hielo. Miré el cielo, como siempre que no sabría qué hacer, miré el cielo blanco, espeso, bajo, blanco, sordo, mudo, blanco. Y como me quedaba quieto también los copos de nieve de mi casaca, de mis guantes se iban convirtiendo en una capa fina de hielo, todavía débil, todavía esponjosa, todavía frágil, pero no extrañé los vientos secos del norte, no extrañé sacar la silla a la vereda para que me llueva, sentado en la silla con la cabeza echada para atrás cuando por fin las nubes gigantescas y difíciles se rompían, sintiendo como las gotas de lluvia se calentaban en mi piel, sintiendo como el polvo fino que trajo el viento del norte se iba convirtiendo en barro liviano y pegajoso entre los dedos de mis pies, detrás de las orejas.

«¿Alguna vez extrañas algo?». «No, en general, no».



Dima contó algo que debíamos haber hablado con unos ucranianos entre vagón y vagón, al lado de la caldera de carbón mineral, congelados para poder fumar de vez en cuando. Por 100 Rublos la policía nos dejó fumar durante los dos días. No fue fácil, la policía rusa no entiende mucho de metáforas, pero pagamos 100 cada uno para ser felices aspirando tabaco barato entre remolinos de viento helado. Yo no entendí nada más que gestos hoscos. No entendí más que las cuencas oscuras de cansancio o de miedo. No más que la inmensa profundidad de los ojos de los ucranianos que se escapaban de la guerra yéndose al fin del mundo. No entendí las anécdotas, la topografía, los accidentes. Entendí lo que se entiende. También entendí en el fondo de las larguísimas pitadas que Roman le daba al Lucky, qué pensaba Roman de lo que Dmitry contaba.

Cuando llegamos a Salejard, los ucranianos me dieron la mano, sonrientes, como se sonríe el viudo saludando a los que lo consuelan y pronuncian frases inentendibles, pero el apretón de manos era cierto. Las manos ásperas, duras, durísimas. El dolor áspero, duro, durísimo.

Yo no entendí una palabra. Tal vez Roman entendió alguna cuando Dima le contaba.

En Moscú, Dima me contó los detalles, me contó los accidentes. Yo no le pregunté. A él le pareció que tenía que saberlo.



Mi disfunción para entender, por ejemplo, las manifestaciones de la ternura. No se llora, no se dice. Son intercambios extraños. El perro que olfatea y que mueve el rabo; aquel hombre tratando de acomodar la cabeza despedazada de su hijo muerto en el asiento de atrás de una van Toyota que va a los saltos sobre las piedras del Triángulo de Ilemi; los afar esperando su turno para el agua atrás de los dromedarios que orinan y defecan y babea el pozo de aguas sulfatadas donde nos vamos a tirar de narices a calmar la brutalidad de 63° C cuando los dromedarios hayan saciado su sed; la búfala separando al ternero de las leonas famélicas; esa mujer de ojos de gato barcino que, mirando la nada, deja caer el pedazo de carne de reno cruda sobre el pedazo de tabla que, territorialmente, sería mi plato. No se llora, no se dice. ¿Cómo se llamaba aquel moridero del otro lado del río Hooghly, tan cerca de Chowringhee Road, donde los endemoniados fieles rubios de la Madre Teresa, felices por haber encontrado del otro lado del mundo seres más miserables con que exculpar sus fétidas almas de hidratos de carbono y de grasas saturadas, hidrataban a pobres desgraciados para hacerlos hechar a palazos por la policía marxista-leninista de West Bengal después de un par de tragos de agua verdosa, un barrio cualquiera, un barrio como Kibera o como las chabolas en las palafitas sobre los vertederos del Buriganga; ese moridero donde aquella leprosa (el jazmín del cabo y los leprosos tienen los olores más recordables) casi muerta le hacía sombra con la mano a su bebé cubierto de moscas? (Al rato la mujer estaba muerta, el bebé estaba muerto sin saber que abonaban con sus putas muertes putísimas órdenes de mérito, reputísimos premios a labores humanitarias.).

¿Será eso un gesto de la ternura? Roman acaricia el hocico del reno y el reno se va muriendo con la lengua afuera, estrangulado por Roman que le acaricia el hocico.



Casi se diría que me estoy acordando de "*Pedro Páramo*". De aquella profesora de literatura que fumaba y que nos dejaba fumar y se sentaba a mesas de tres patas con los labios pintados y con esa elegancia de voz ronca, a la que después de leer "*El matadero*" le dije: «Si alguno de nosotros se mata, es su culpa, ¿no ve que nos están cazando como a moscas?». Ella, tan inmensamente fina, no dijo nada, ni un gesto, ni nada, tal vez nos preparaba para sobrevivir y lloraba sobre su mesa de tres patas.

¡Salud, Doctora Raquel Sajón de Cuello!

¡Por usted!



1

Título: Científicos proponen una nueva hipótesis para el origen del misterioso agujero de Siberia

Cuerpo: El socavón tiene un origen termo-gaseoso, es decir, se creó como resultado del aumento de las temperaturas en una zona donde el suelo está permanentemente congelado. El calor provocó el derretimiento del hielo y la formación de huecos con gas a alta presión en su lugar. Así explica el fenómeno la cuarta expedición de investigadores que acude al lugar, informa el portal de la administración de la Región Autónoma de Yamal-Nenets.

Esta excesiva presión subterránea, a su vez, terminó en una explosión que dejó este abismo negro, reza la versión de los geólogos, encabezados por Vasili Bogoyavlenski, del Instituto del Petróleo y Gas de la Academia de Ciencias de Rusia.

Ученые предлагают новую гипотезу о происхождении таинственной дыры Сибири, www.adm.yanao.ru, julio 2015



2

Título: ¿Tienen los fosas de Siberia y el Triángulo de las Bermudas el mismo origen?

Cuerpo: Un grupo de científicos de la ciudad de Novosibirsk han establecido que la formación del cráter en Yamal se debiera probablemente a un estallido neumático que, a su vez, fue provocado por la descomposición de hidratos de gas. Según los investigadores, el mismo proceso podría haber causado las desapariciones inexplicables de barcos y aviones en el Triángulo de las Bermudas, informa Interfax.

Ученые назвали ямальский кратер “родственником” Бермудского треугольника, www.interfax.ru, octubre 2014



3

Título: Científicos han descubierto en las paredes de los cráteres siberianos 'fuego de hielo', combustible del cual se extrae gas metano, lo que podría constituir un elemento clave en el futuro de la energía gasística de Rusia.

Cuerpo: Científicos han descubierto en las paredes de los cráteres siberianos 'fuego de hielo', combustible del cual se extrae gas metano, lo que podría constituir un elemento clave en el futuro de la energía gasística de Rusia.

Los altos niveles de 'fuego de hielo' encontrados en los cráteres siberianos podrían convertirse en una fuente gasística clave para Rusia en el futuro, informa 'The Siberian Times'

Científicos han descubierto en las paredes de los cráteres siberianos 'fuego de hielo', www.lavanguardia.com, noviembre 2014



4

Artyom, Albert, Roman, Vassilis y todos los demás están de acuerdo: la culpa la tienen los rusos. No sé si porque extraen el gas o porque fastidiaron a los dioses o porque son rusos.



«El que avisa no traiciona», dijo.
«Claro, boludo, porque el que traiciona no avisa», pensé.



Unas huellas de zorro. Cortitas, juntas. Los zorros dan pasitos cortos y rápidos como si con eso pesaran menos sobre la nieve. Me acordé de algún cementerio de mi infancia, algún edificio municipal de varios pisos con nichos cubierto de flores secas o de flores de plástico, según el grado de esmero de los deudos, cubiertos de placas con fotos estampadas sobre porcelana siempre fuera de registro, siempre descentradas del marco, cubiertas de frases amorosas, sinceras o no, pero amorosas. Los pisos eran de rejjas, tal vez para dar luz a los pisos de abajo. En la planta baja me pareció divertido mirar para arriba, ver las suelas de los zapatos, las enaguas, los visos, las bombachas de italianas atestadas de gladiolos y claveles, desde la planta baja era divertido ver el mundo desde otra perspectiva. Y no me pareció pecaminoso mirar el culo de las deudas en el camposanto, al fin y al cabo los culos se ofrecían generosos con la complicidad de sus dueñas. En el segundo nivel las rejjas del piso se movían más de lo que el cálculo del herrero habría previsto, si es que el herrero calculó los riesgos del peso de millares de mujeres bajas y culonas acarreado toneladas de gladiolos y de claveles, entonces intentaba hacerme liviano. De alguna manera. Pisar cortito y rápido me pareció una buena forma de vencer la gravedad. En algún momento se escuchó el aleteo más allá del crujido de nuestras pisadas sobre la nieve y todos corrieron enloquecidos hasta los trineos. Corrían levantando nieve y cayéndose y parándose como muñecos mal programados. Cuando volvieron con los fusiles remontados, el pájaro estaba parado en un árbol a unos 300 metros, ignorándonos por completo. Artyom apuntó poniendo una cara que de verdad daba risa. Intenté no reírme. Cerraba el ojo y abría el ojo, ponía foco acá y allá hasta que lo bajó puteando. Volvieron discutiendo entusiasmados sobre algo que seguro era la distancia del pájaro.

Yo me quedé mirando al pájaro, feliz, no de que el pájaro siguiera vivo, sino de haberme librado de comer su carne gris y seca como si fueran trufas rellenas.

«Muy lejos», me dijo Dima.



Me está aturdiendo el silencio. A veces tengo que pararme y respirar hondo para tranquilizarme. Cerrar los ojos y volver a abrirlos despacio para acostumbrarme a entender que no es un sueño, que no voy a despertarme, que las cosas son así, que estoy despierto en el medio de la tundra, con -50°C y que no siendo estos locos que están conmigo, la persona más cercana está como a 200 kilómetros. Lo único que conozco, lo único que me es familiar es el cigarrillo y el vodka. Fumo. Tomo. Es la realidad.



El pibito de los mocos ya me da miedo. Si se sigue parando adelante y repitiendo eso que repite y repite y repite, puede que o me suicide o lo mate. No voy a matarme.



Después no tenía más
nada que decir.
Casi seguro que ellos
creen que soy estúpido:
¿qué será ese tipo que
fuma y mira y toma vodka
y no dice nada?



Casi seguro soy el silencio de los que tienen voz,
de los que pueden gritar y gritan, de los que
pueden murmurar y murmuran, de los que cantan
canciones de amor o de guerra y de olvido y de
putas amadas en puertos o en estaciones de ser-
vicio. Soy el silencio de los que pueden hablar. El
espacio entre letra hablada y letra hablada.

Soy uno que mira, inútilmente, la tundra hermosa,
hermosa y no dice nada, uno que entiende que si
está acá, es para callar.

Y no dará de hablar mi silencio, no dará canciones
de marineros y tuberculosas de ojos como de cris-
tal tallado que se aman en las profundidades de
los cereales mal estibados.

No es un silencio que dé de hablar.

No espero nada. Ni siquiera eso, nada.



Me rasqué la barba y pregunté: «¿de qué color es?». «Blanca», me dijo Dima. No me miré al espejo cuando me afeité unos días después en Salejard.



Ah, las fosas de tus narices. Las fosas enormes de tus narices ¿se llevarían el aire frío y lo calentarían en tu cuerpo para devolvernos un poco de tibieza? ¿Podrías aspirar las luces del cielo con tus fosas tremendas, agudas, enormes mientras miras de costado con tus ojos de mierda y te reís apenas, apenas te reís estirando apenas un lado de la boca, el lado de allá, para que no se vea que te reís apenas? ¿Podrías darnos un poco de aliento de tu cuerpo que no mira y que hace un gesto corto, invisible con la cabeza para decir que si o que no? Estás tan lejos, tan lejos y yo tan cerca, tan cerca de todo.



Digamos que por ahí empezaron las cosas. Pero ahora me golpeo con una vara de madera las botas de zorro. Trato de no caerme ni de agarrarme de los tirantes para no caerme. Doy golpes cortos y secos de este lado, del otro, cruzo la pierna por delante y golpeo la planta antes de que se derrita el hielo. Ellos no dicen nada cuando no lo logro y el hielo se derrite y mojo los tablones del suelo. No dicen nada pero miran las pisadas y seguro piensan: «¡pero qué boludo!»



No hay moscas, no
hay arañas, no hay
cucarachas.
No siendo un puñado
de locos y los perros,
acá no hay nada.



Se ríen. Sin pudor, sin culpa se ríen. Gritan cosas y se ríen gritando cosas y yo sé que se ríen de mí. Yo no me río ni grito, los miro con cara de culo, pongo cara de culo y los miro reírse a los gritos, los miro de a uno. Después lo miro a Dima, me sonrío un poco, con cara de culo y le digo: «Dima ¿de qué mierda se ríen?». Dima se ríe y me dice, señalando el cuchillo que me regaló Florencia: «cuchillo de turista». Y los demás repiten a los gritos «tourist knife, tourist knife».

La mañana que preparaba las cosas para irme busqué el cuchillo por todos lados.
Estaba entre las cosas de Roman.
Salí con el cuchillo en la mano, me paré al lado de Roman. «Tourist knife, chino puto», le dije sacudiendo el cuchillo. Roman soltó la carcajada pero las quemaduras de la cara se le pusieron un poco rojas, como las mejillas de un bebé gigantesco.



¿Por qué debería quererlos?
Son tan complejamente simples que es imposible descifrarlos.
Fumo un poco helado.
¿Qué dirían las feministas si debieran sentarse a cocer los cueros con fibra de músculo de reno en la oscuridad del chum?
¿Cómo creerían que es ampliar los derechos de género? ¿El derecho a qué?
¿Cortarían la leña dándole el culo a la nevisca?
¿Esperarían a sus maridos con el fuego listo y la carne trozada sobre la tabla de comer?
¿Saldrían a la Tundra a sacrificar animales en el invierno?
¿Pondrían líquenes secos entre sus piernas para absorber los fluidos menstruales?
¿Sería hermoso parir sobre el hielo asistida por un par de viejas duras como charque que van a llevar al recién nacido fajado en cueros y en líquenes a la intemperie para probar su temple?
¿Será fácil ser feminista arriba del paralelo 66°33'46" N con -50° C?
¿Qué tipo de poder sería el que se disputaría?
¿Se sentarían a discutir dónde orinan los transexuales?

No fue necesario llegar hasta acá para saber que desde que cayó el muro no hacemos más que hablar boludeces.



En todo caso, mis pobres apreciaciones respecto de algo se hacen absurdas mientras las palas del Mi-26 se van curvando para arriba y zumban como dardos envenenados en el aire helado.



A mi me dieron un palo largo, una vara de pino más o menos limpia. Mi tarea era simple, la tarea que le dan a los inútiles, creo yo: pegar con el palo largo sobre el hielo para que se desprenda de las pieles. Al rato una de las mujeres me sacó el palo. Parece que tardaba mucho o le pegaba mal o algo así. A la mujer le sangraba la nariz. En un poco más de dos horas desarmaron, limpiaron y volvieron a armar el chum, mientras yo miraba como un pelele.



Por acá no pasó ni el comunismo. Como Dima es comunista me trata de explicar en términos más o menos productivos:

1: las granjas colectivas no sirven para los renos, hay que moverlos siempre de acá para allá buscando pastura.

2: si se desarma el clan y los hombres quedan con el ganado y las mujeres en los poblados, los hombres no podrían sobrevivir solos. No habría quien haga las tareas de mantenimiento y las ropas y demás y llevar hombres para esas tareas sería más que ocioso.

3: bla bla

4...

Yo creo:

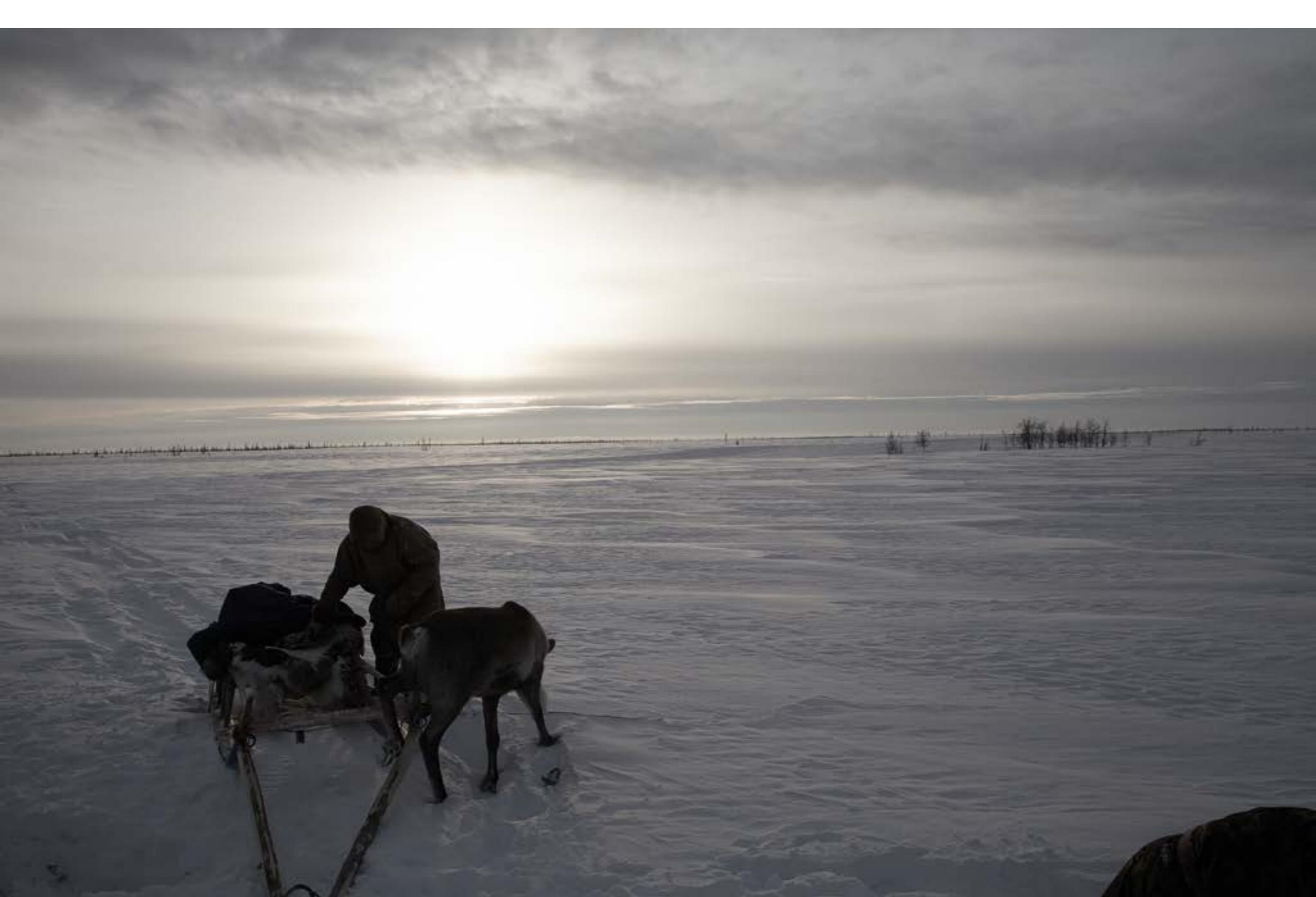
1: que no dice que en verdad a quién mierda la importan estos locos que andan de acá para allá con los renos.

2: que los nenets no creen en ninguna de las razones por las que los soviets dijeron que no expropiaron los renos.

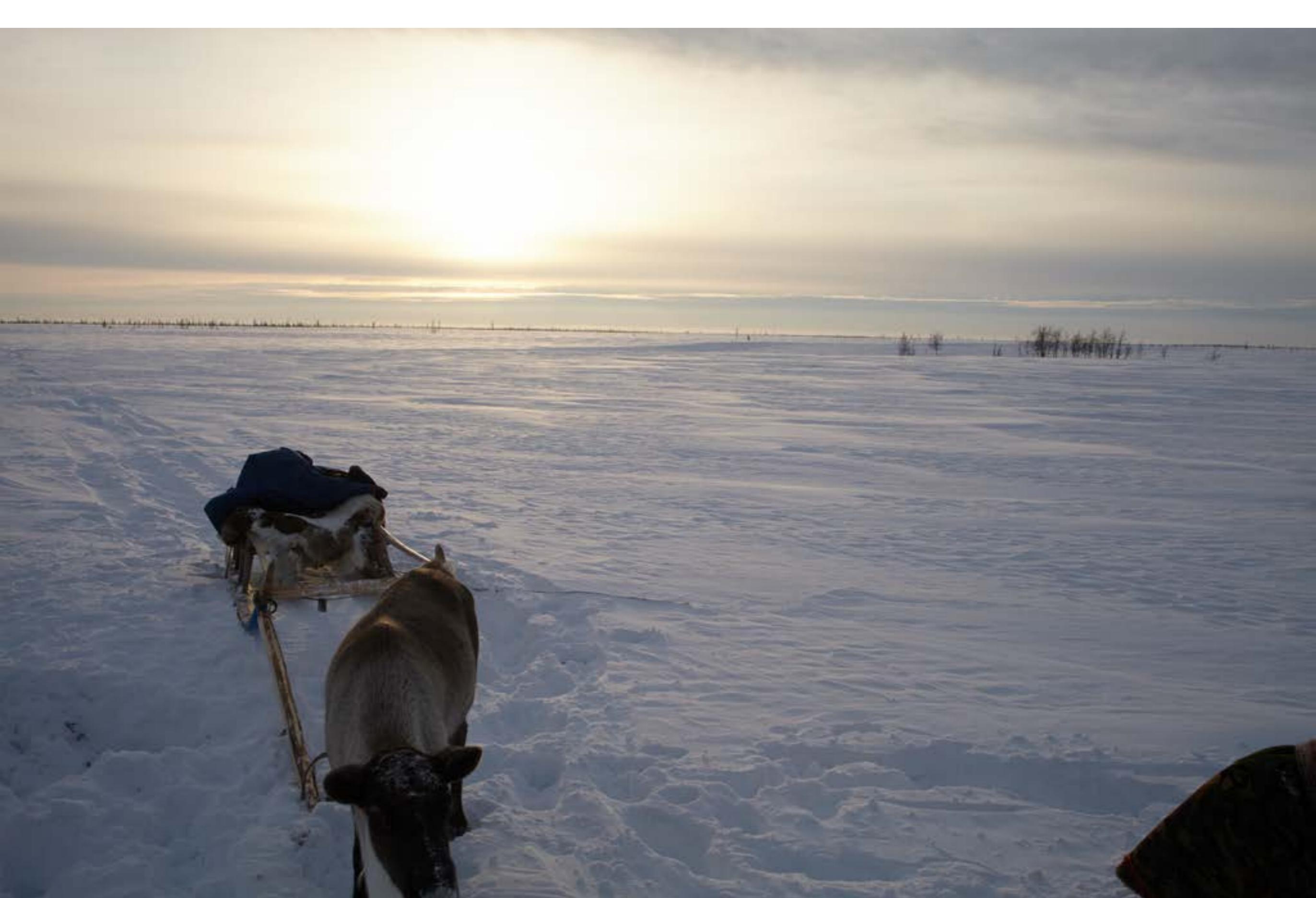
3: que más bien no les dieron ni pelota ni a los comisarios políticos ni a nadie.



Acá nunca cuentan historias de muertes terribles ni de aparecidos y no sé si es porque la muerte no es un problema o porque la muerte es un problema.



Vassilis se quedó mirándome un rato, no sé si desconfiando de la traducción o porque no podía creer que yo le hubiera preguntado semejante pelotudez. Vassilis tiene los ojos un poco velados y una sonrisa dura. Cada tanto tatea el colmillo de oso que le cuelga del cuello ajado. Movi6 la cabeza un poco, como asintiendo a mi pregunta que en realidad no era por si o por no y me pidi6 un cigarrillo.



Si habremos amado, si habremos
sido amados justa o injustamente.
Si habremos dormido a sobresal-
tos. Si habremos visto cosas y
escuchado cosas en más de cien
lenguas. Si nos habrán puteado
en más de cien lenguas, ¿no? y
¿para qué?

Para decir estuve...



*Para que bebamos la rubia cerveza del pescador Schiltigheim.
Para que amemos Carcassonne y Chartres, Chicago y Québec, torres y puertos.
Los blancos molinos harineros y la luz de las altas ventanas de la noche
encendidas para los hombres de frac y los ladrones.
Y las islas en donde los Kanakas comen plátanos fritos
y bajo las palmeras entre ágiles mulatas suenan los ukeleles.
Islas, dije, las islas, soles rojos, platillos para Darius Milhaud.
¡Tener un corazón ligero! Vale decir, amar a todas las mujeres bellas.
Y una moral ligera, vale decir, andar con gitanos alegres
y dormir en un puerto un ocaso cualquiera y en otro puerto y otro
y andar con suavidad y con desenvoltura de fumador de opio.
Para que a cada paso un paisaje o una emoción o una contrariedad
nos reconcilien con la vida pequeña y su muerte pequeña.
Para que un día nos queden unos cuantos recuerdos: decir, estuve,
estuve en tal pasión, en tal recodo. Estuve por ejemplo,
en la feria de Aubervilliers una mañana, con un trozo de asado,
una amistad tranquila, la mesa clara, el perro, el buen hablar
y afuera, las verduleras de París chapoteando con los zuecos en la nieve.*

*Para que bebamos la rubia cerveza del pescador de Schiltigheim
es necesario no asustarse de partir y volver, camaradas.
Estamos en una encrucijada de caminos que parten y caminos que vuelven.*

Raúl González Tuñón, *La cerveza del pescador Schiltigheim*

(Gracias Tata, vos siempre la vas a cantar para mi)



El animal está con las patas para arriba, despellejado. Siempre me impresionaron los ojos de los animales despellejados. Yo también tengo un poco de hielo en las narices. El animal con las patas para arriba y sin pellejo recién estaba vivo. La carne expuesta me va a alimentar como los líquenes la alimentaron. Voy a comer la carne del animal tirado en la nieve con las patas para arriba. Mientras trago el vodka mezclado con restos de sangre del animal que se me coagulan entre los dientes, me acuerdo de aquello del Juan: «*todo lo que se pudre en ternura dará...*» y también de "*L'étranger*", que siempre me parece una estupidez.



A mi, la chica de la farmacia me dio un beso. Miré el cielo bajo, liso, tratando de creer que la Ursa Major estaba por ahí. No siendo el tabaco que se quemaba no se escuchaba ninguna otra cosa. Y me acordé del día en que la chica de la farmacia me dio un beso, hacía poco menos de cuarenta años. En poco menos de cuarenta años, una o dos veces me habría acordado de eso. Me acuerdo de una vez que estábamos haciendo un balance de desamores y yo grité mi carta de triunfo: «¡sí! ¡sí! ¡pero a mi, la chica de la farmacia me dio un beso!», grité desaforado y me dejé caer en la silla con aire de victoria, como si todavía estuviera viendo los ojos de la chica de la farmacia mirándome cuando llegué a la puerta de la farmacia y me di vuelta para mirarla y ella todavía me miraba. «De qué te reís», me dijo Dima, «No, de nada. Dima, frente a las escuelas debería haber farmacias, ¿no?, eso estaría bien».



Tengo tan poco que decir.

En realidad no tengo nada que decir.



















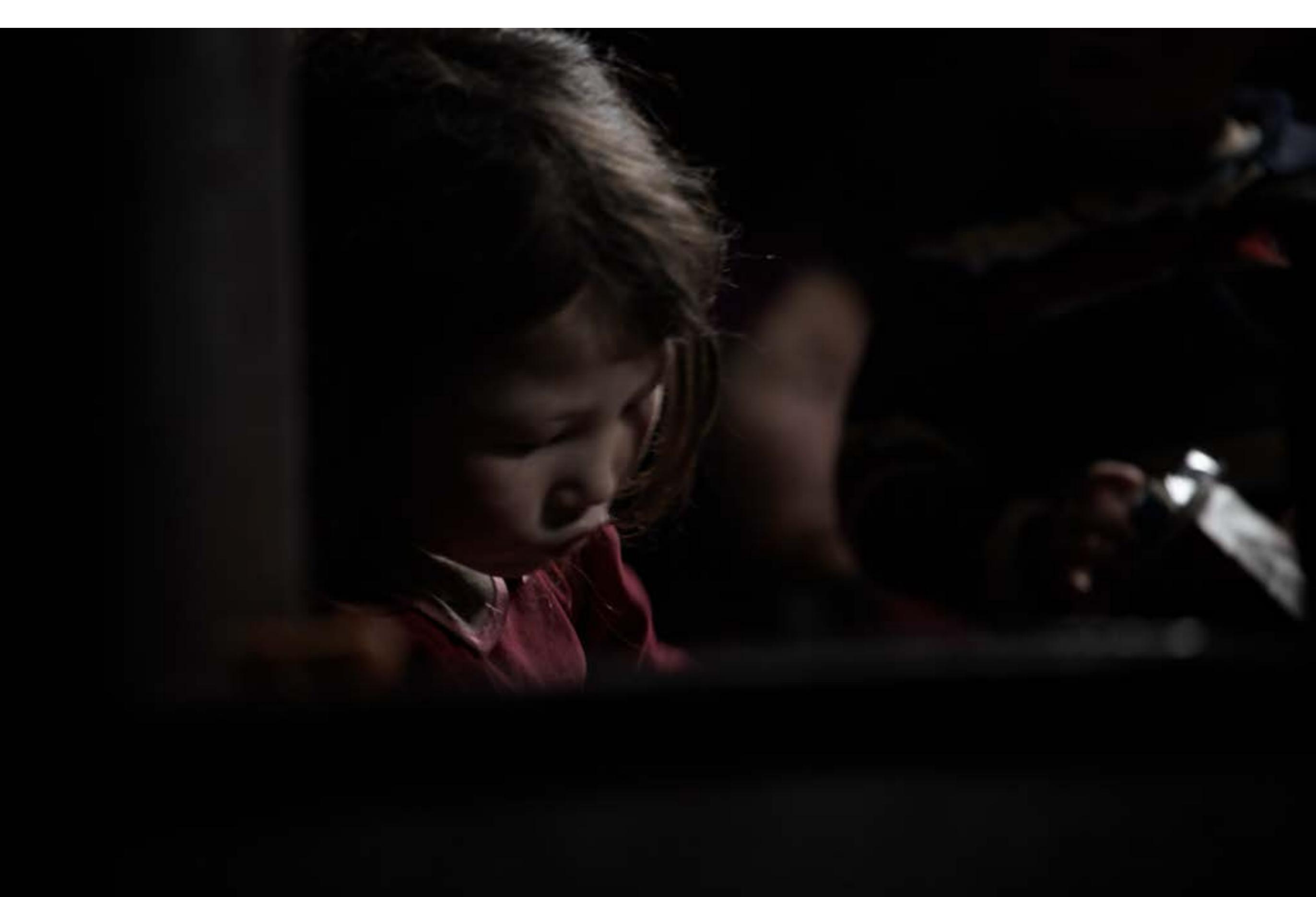


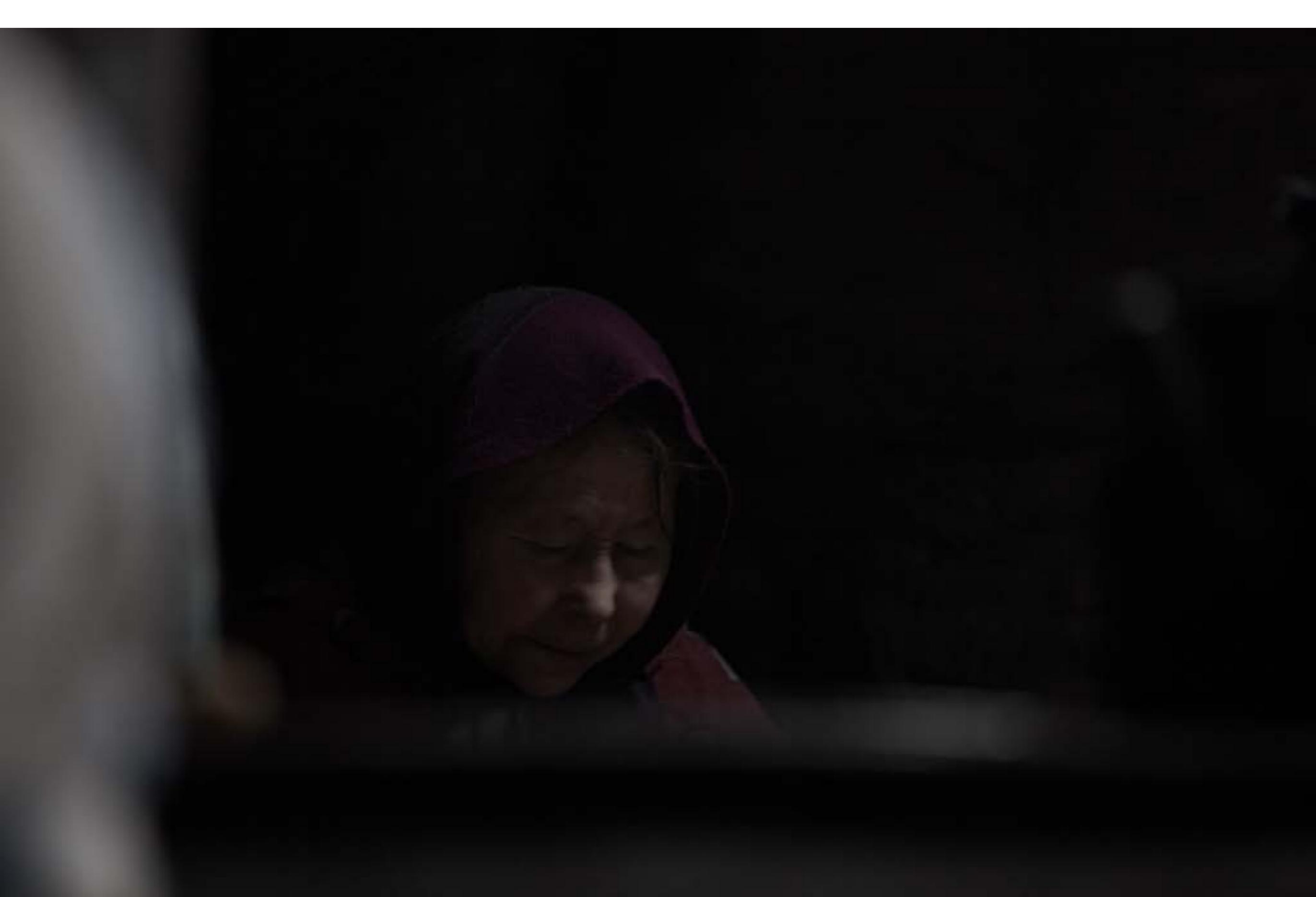


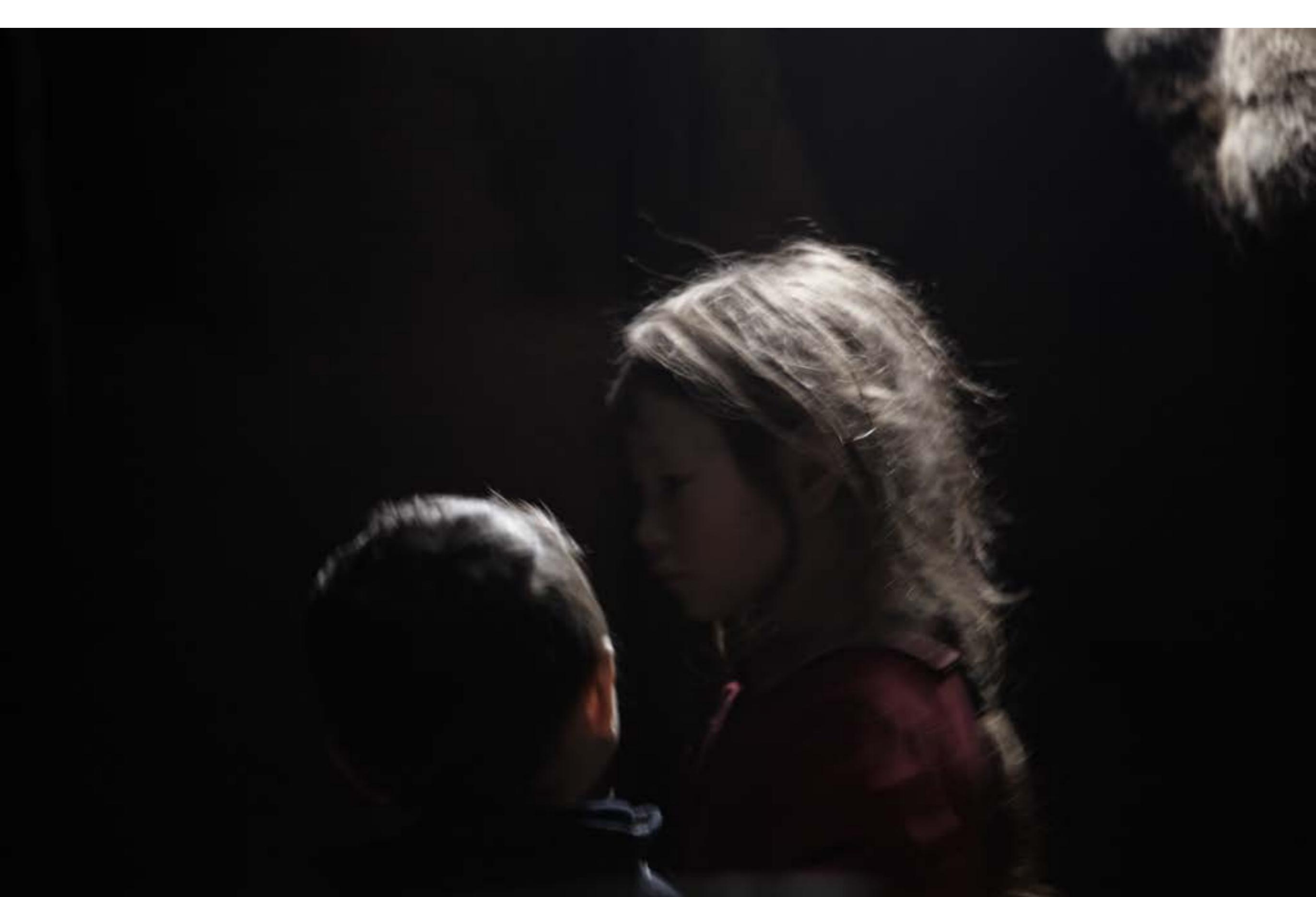


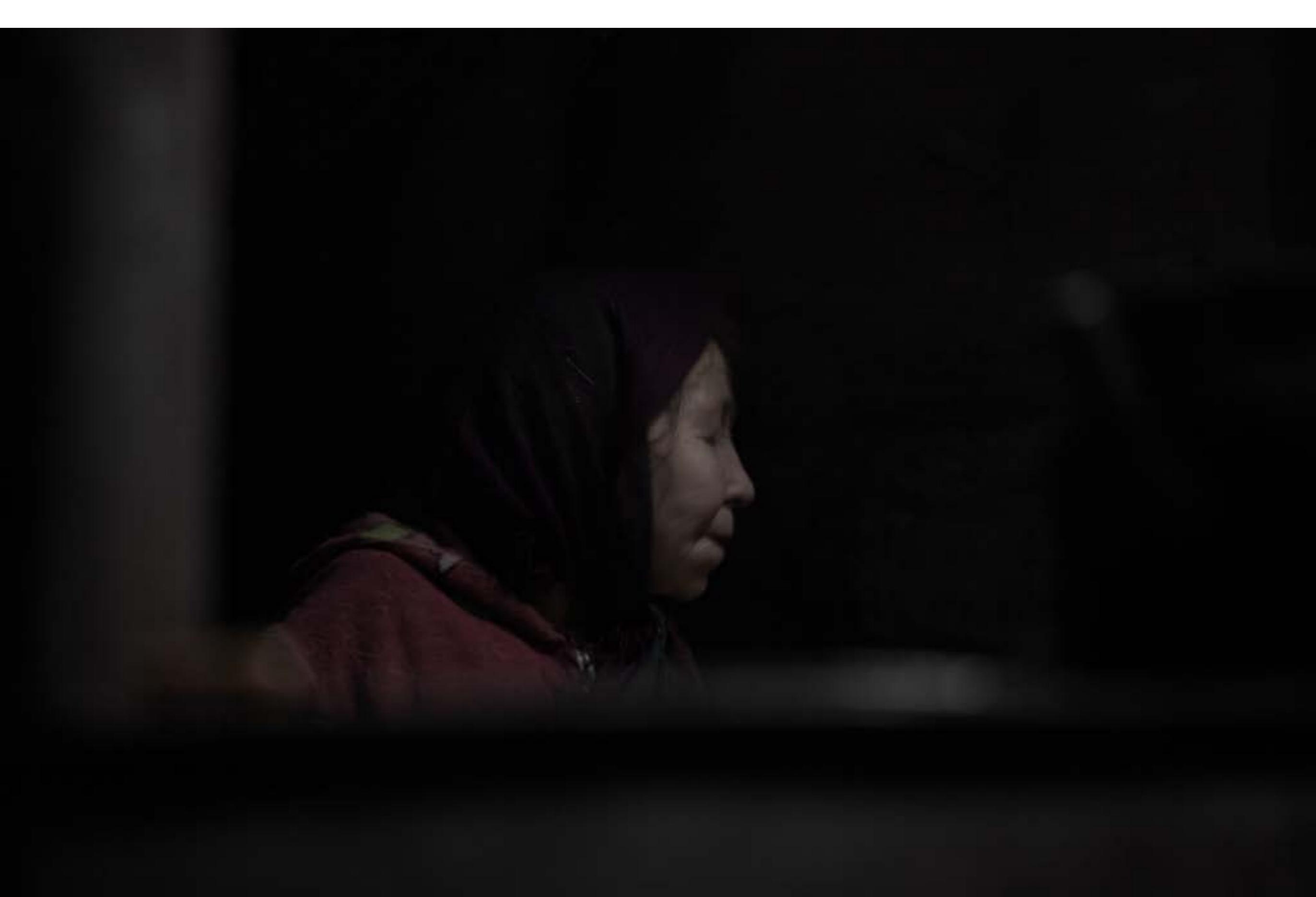


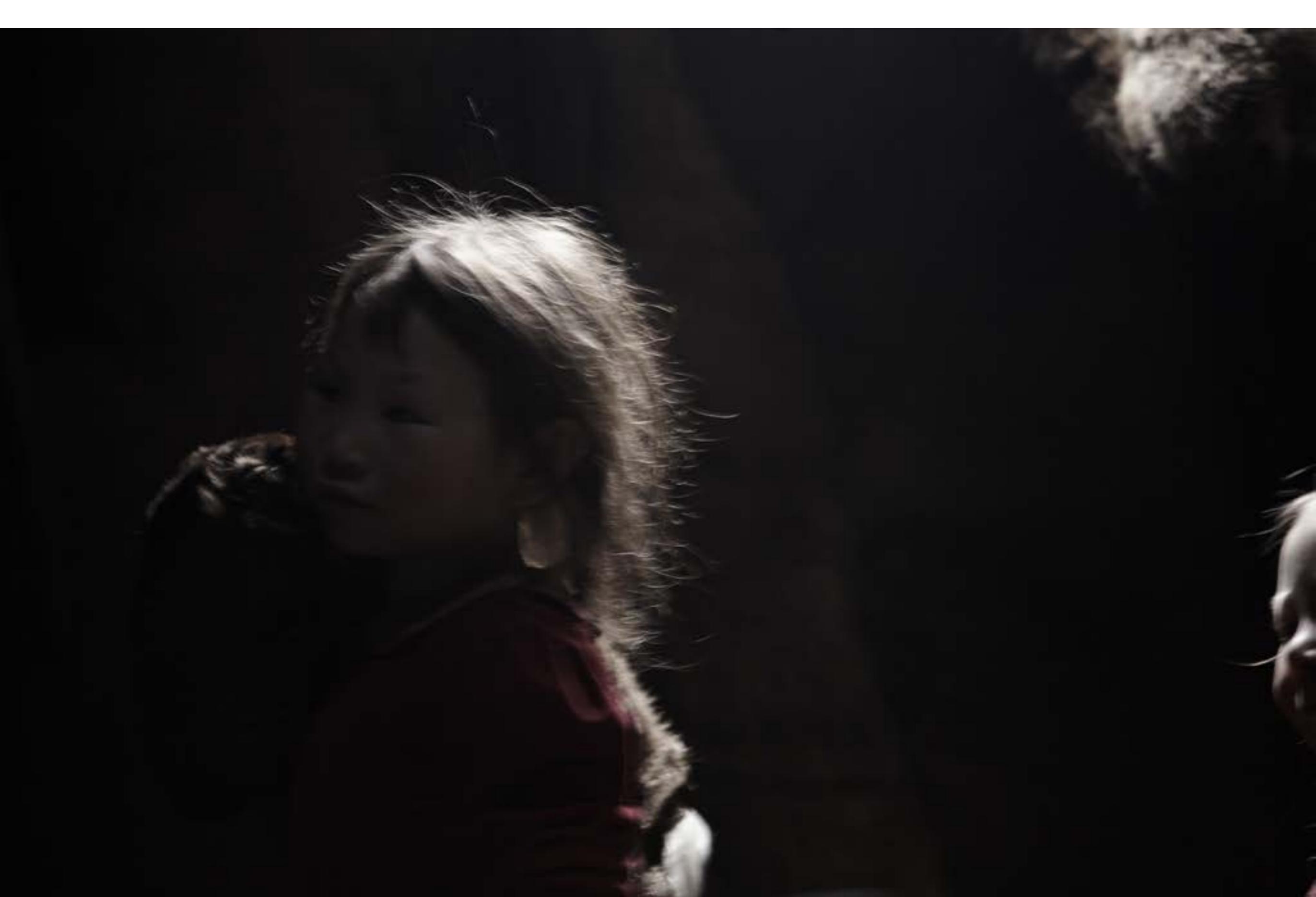


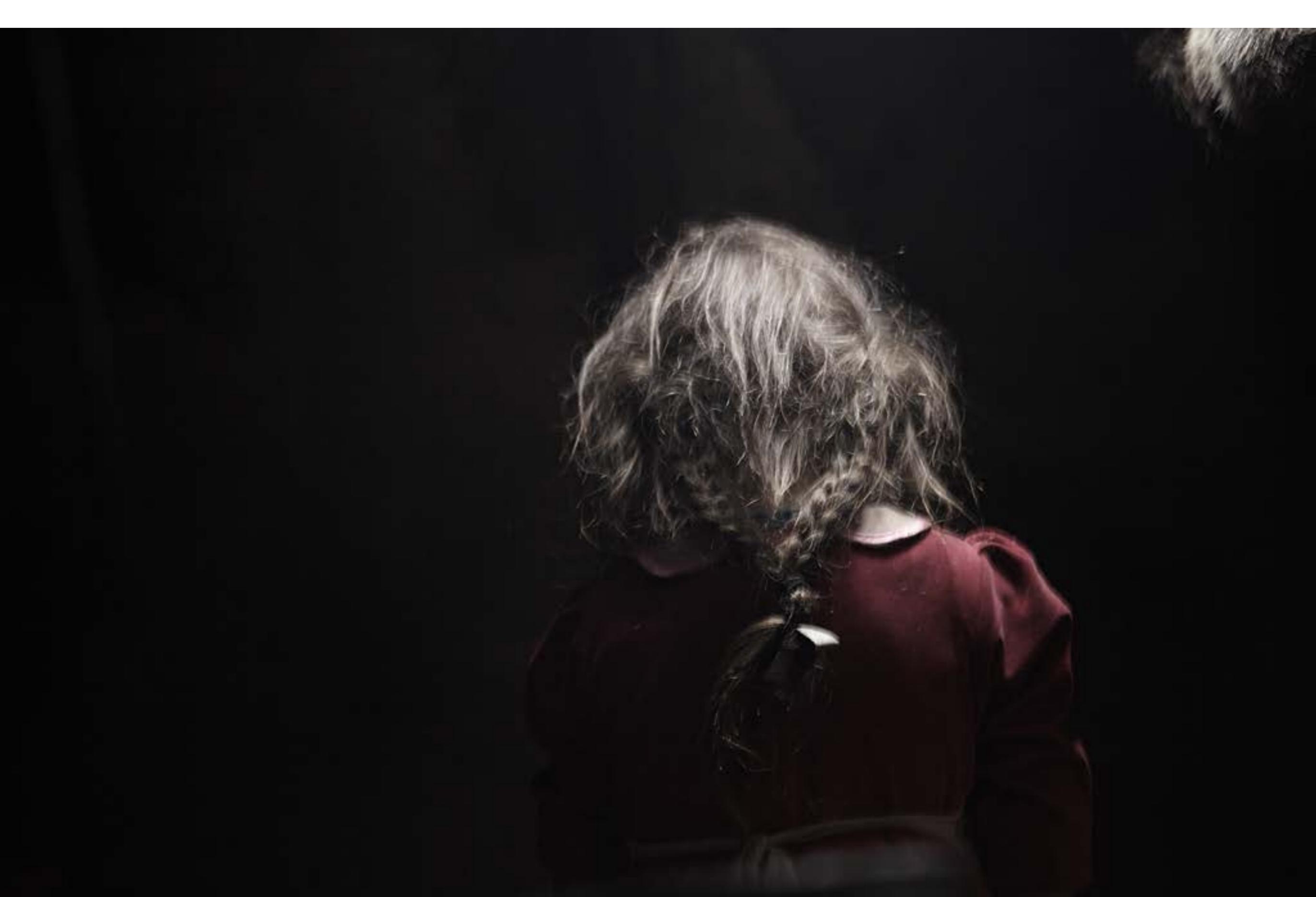


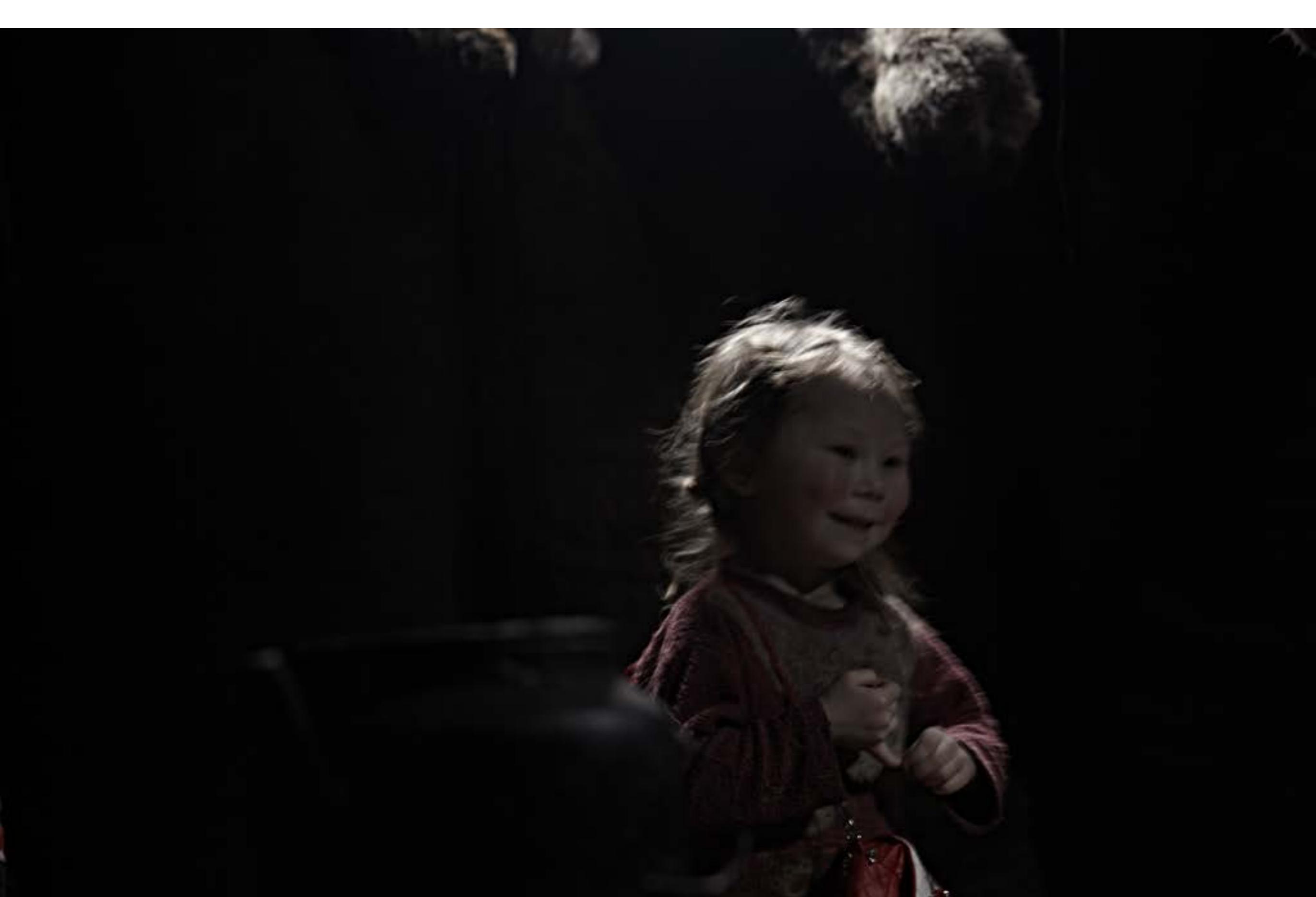


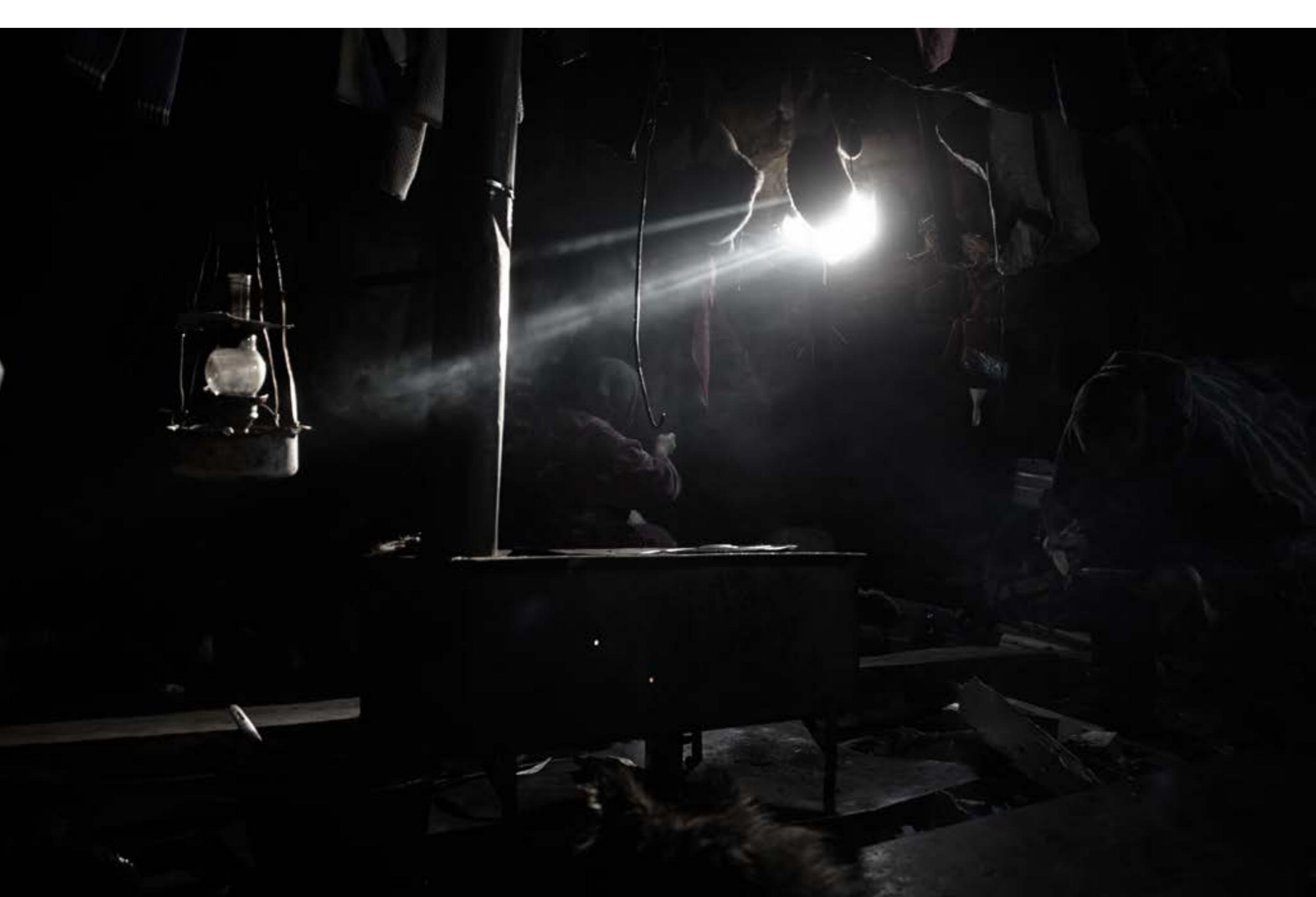


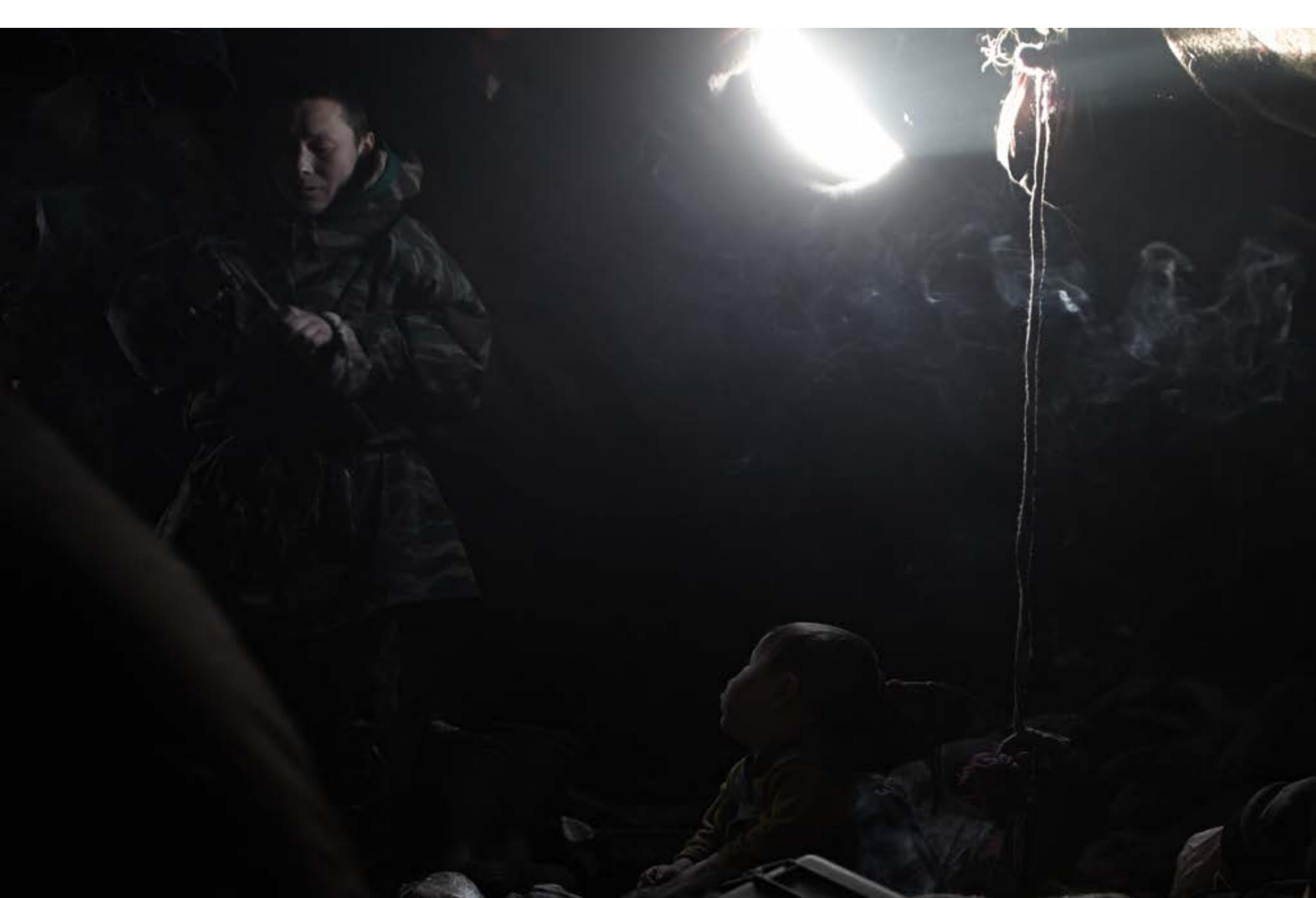


























andar por ahí
© 2012 Martín Patricio Barrios.
1ª ed.- La Plata, 2012
107 p; 23 x 21 cm.

Traducción: Mercedes Leaden
1ª edición: 500 ejemplares

ISBN: 978-987-33-1693-7

Impreso en LATINGRAFICA, Rocamora 4161, CABA



retratos
© 2014 Martín Patricio Barrios
1ª ed. - La Plata, 2015
E-Book

ISBN 978-987-33-6490-7

CDD 770

Fecha de catalogación: 03/12/2014

Las fotos fueron tomadas en febrero de 2015
Canon EOS 5D MarkII
Canon EF 70-200L USM y EF-S 18-55
procesadas en Capture One 8



© 2008 Florencia Mendoza



**facultad de
bellas artes**



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA**